



CAPÍTULO XII

Castigos prodigiosos

SUMARIO

Artículo I.—Horribles castigos que experimentaron los profanadores de la Eucaristía.

1, 2, 3. Prodigios que refiere S. Cipriano.—4. Atentados de los donatistas.—5. Sacrilegios de los catarelos.—6. El púgil de Frisia.—7. La Hostia que vertió sangre.—8. El viclefita blasfemo.—9. El blasfemo ebrio.—10. El sacerdote negligente.—11.—Atentados del ejército de Polonia.—12. La Sagrada Forma de S. Merry.—13. El dinero ó la Hostia consagrada.—14, 15, 16. Los israelitas sacrilegos, condenados.—17. El castigo del moro.—18. La Hostia en la sinagoga.—19. El castigo de un ebrioso.—20. El del luterano blasfemo.—21. El de la impía mujer.

Artículo II.—Castigos formidables contra los que hicieron simplemente irrisión del Santísimo Sacramento.

1. Castigo de un irrisor de la Eucaristía.—2. El rústico que pronunció las palabras de la consagración.—3. Los niños que celebraron el simulacro de la Misa.—4. El alemán blasfemo.

En los sorprendentes milagros que vamos á referir se manifiestan dos atributos esencialísimos de la Divinidad. Primero, la veracidad, por la cual se confirma la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Segundo, la justicia, efecto de la que son castigados aquéllos que han vilipendiado el Sacramento del Altar. Y en consecuencia, se patentiza la dignidad suma de la Eucaristía y el respeto y veneración que debemos profesarla, pues Dios toma por su cuenta dar, aún en esta vida, el terrible merecido á sus profanadores.

Artículo I.—Horribles castigos que experimentaron los profanadores de la Eucaristía

1. Refiere S. Cipriano, (1) que en tiempo de la persecución del emperador Decio, huyendo arrebatadamente un padre y una madre, dejaron su tierna hija en poder de una ama que la criase á sus pechos: ésta la presentó á los magistrados, quienes le dieron pan mojado con vino, pues era tan pequeña que no podía comer las carnes sacrificadas en los altares de los ídolos. Recobró después la madre su hija, quien no pudo dar razón de lo que había practicado, pues no lo había entendido. Como se ignoraba su delito, la madre la llevó al templo, al tiempo que celebrábamos nuestro Santo Sacrificio. La niña, viéndose en la asamblea de los santos no lo podía sufrir, y prorrumpió en amargo llanto y gemidos de tal suerte, que parecía que la atormentaban: aun en aquellos tiernos años, estaba manifestando con señales, como podía, lo que la había acontecido. Acabadas las deprecaciones y ceremonias, la presenta el diácono el cáliz, conforme iba repartiendo la Eucaristía á los fieles, y la niña, sin duda por un divino movimiento, empezó á cerrar los labios y volver la cabeza, repugnando beber de aquel misterioso Cáliz. El diácono insistió y la hizo beber aun contra su voluntad. Al recibir la preciosa sangre de Jesucristo, se siguió inmediatamente un vómito con que arrojó lo que había recibido. El manjar Eucarístico no puede permanecer en un pecho profanado y en una boca manchada. Esto sucedió con aquella que todavía estaba en el estado de la inocencia.

2. Otra de más adelantada edad que estaba en igual estado, vino á nuestro templo á recibir la Eucaristía; pero la Sangre del Señor se le quedó entre las fauces, y después de muchos temblores perdió la vida llena de horror y espanto.

3. Finalmente; cierta mujer se atrevió á tocar con manos sacrílegas el arca en que había sido depositada la Eucaristía, y en el mismo instante vió salir de ella llamas de

(1) De lapsis.

fuego que pretendían devorarla. Hasta aquí S. Cipriano (1).

4. Por los años del Señor 384, los herejes donatistas cometieron horribles atentados contra la sagrada Eucaristía. Arrojaron con sumo desprecio las santas hostias á los perros; pero éstos que vieron aquel horrible desacato, impulsados por Dios, se lanzaron furiosamente sobre sus propios amos y los despedazaron en el mismo instante (2).

Quien no conozca por estos cuatro sucesos la providencia del Eterno que vela por que se reconozca la presencia real de su Santísimo Hijo en la Hostia y Cáliz consagrados, es, no sólo un temerario en el modo de discurrir, sino un irracional.

5. No son menos notables los castigos que siguen. Baronio, al año 1183, dice que, habiendo sido informado Filippo, hijo de Luis VII de Francia, de que en la provincia de Bourges existía una secta llamada catarellos que robaba las alhajas de las iglesias y con ellas el Santísimo Sacramento, al cual, después de arrojarlo en tierra lo pisoteaban, mandó contra ellos parte del ejército, el que en pena de los atroces delitos ejecutados, pasó á cuchillo á más de siete mil sacrílegos (3).

6. Otro memorable prodigio sucedió en 1218 en Frisia (Prusia) ante el que el incrédulo no puede menos de inclinar la cabeza. Había cierto hombre casado, de oficio púgil, (4) á quien gustaban demasiado los licores, efecto de los cuales, todos los días, al llegar ebrio á su casa, maltrataba á su mujer, de palabra y de obra. La infeliz consorte no tenía otro consuelo que alegrarse en los trabajos que le enviaba Jesucristo, de quien era fervorosa discípula. Vívola una enfermedad que sobrellevaba con paciencia y aun con disimulo á fin de que su marido no la injuriase más de lo que acostumbraba. Pero rindióse á ella y hubo de caer postrada en el lecho del dolor. Pidió ocultamente al sacerdote la Santísima Eucaristía, y éste accedió á su petición. Mas he aquí cómo Dios

(1) Serm. de lapsis.

(2) Baron.

(3) N.º 7 y S. Antonio de Florencia tom. II, tit. 17, § 17.

(4) Ó que combate con otro á puñadas.

Nuestro Señor permite muchas cosas pecaminosas para obtener grandes bienes para todos, pero con notable diferencia de parte de éstos; pues unos por despreciarlos ó por no saber valerse de ellos adquieren su propio juicio, y otros, más discretos que los anteriores, bendicen á Dios por ellos y aprenden la lección que les enseñan. Llegó el sacerdote á casa de la enferma con la Eucaristía escondida, precisamente cuando el marido de la paciente venía de la taberna como de costumbre, llevando en la mano un vaso de cerveza. Brindó al ministro del Señor para que participase de aquella bebida, mas éste se negó como es natural á ello. ¿Por qué, añadió el púgil? Porque llevo la sagrada Eucaristía en mis manos, contestó el sacerdote; y sin aguardar á más el que estaba impregnado de los alcohólicos dió con el vaso de cerveza fuertemente al copón, arrojando al suelo las Sagradas Hostias. Pudiéronse interponer en el acto algunas matronas que asistían á la enferma, las cuales vieron en cada Forma una resplandeciente estrella. Arrepintióse, aunque exteriormente el agresor, y fué remitido al Pontífice, quien le ordenó tres años de ejercicio en la guerra de los cristianos contra el turco, penitencia que cumplieron éste y el sacerdote.

Según revelación de la Santísima Virgen á una devota suya, aquél se condenó por no haber hecho verdadera penitencia de sus pecados, y éste pudo salvarse, satisfaciendo antes en el purgatorio por el espacio de muchos años. Reveló también la Virgen María á esta misma devota, que por haberse profanado tan descaradamente el Santísimo Sacramento, sería inundada aquella Ciudad, pereciendo en ella muchos miles de personas, como así realmente sucedió de allí á poco tiempo. Así castiga Dios á los impíos y profanadores de sus Misterios y juntamente con ellos á muchísimos otros que aunque no tuvieron parte en tal execración, sin embargo lo merecían por sus múltiples pecados (1).

7. Una cosa semejante sucedió en la Francia Oriental,

(1) Rainald. ad. ann. 1218.

por los años de 1298, aunque el castigo lo ejecutó Dios por medio de la justicia humana. Unos infames judíos cogieron una Hostia consagrada, la pusieron dentro de un almirez y la majaron horriblemente; pero ¡oh maravillas divinas! al primer golpe que dieron aquéllos infelices, la santa Forma vertió copiosa sangre. Llegado este horrible caso á oídos del monarca francés y, mezclado con el mandato el abuso, extirparon á sangre y fuego, tanto á los judíos culpados en el delito como á los que no lo eran (1).

8. También ha castigado Dios Nuestro Señor á los que han blasfemado de la Eucaristía, confirmando con repetidos milagros este inefable misterio. En el año 1396, entre los herejes wídefitas había uno muy desvergonzado, llamado Baobello el cual dijo en juicio público que prefería una araña á la Eucaristía. ¡Formidable castigo! En el mismo momento, Dios Nuestro Señor, para confundir al hereje y ensalzar el dogma católico, hizo que una horrible y asquerosa araña se metiese en su boca dejándole por un rato con bastante sufrimiento. Los católicos que estaban presentes, esperaban que el Altísimo le enviaría algún castigo con el cual perdiese la vida, mas el Señor misericordioso esperó al hereje á que hiciera penitencia (2).

9. En otra ocasión un sacerdote llevaba por la calle el Santo Viático cuando, al pasar por frente á una taberna, cierto atrevido sujeto que se jactaba de incrédulo y que había probado demasiado la bebida, preguntó: ¿Qué es lo que pasa por la calle? El Santísimo Sacramento, que va á visitar á un enfermo, le respondieron sus amigos. Entonces el ebrioso añadió esta horrible blasfemia: «Pues que venga á mí que también estoy enfermo». ¡Formidable castigo! Cuando el sagra- do Viático regresaba, el blasfemo no existía; había entregado su alma al demonio por el doble pecado de incredulidad y de impiedad; pecado que tuvo su merecido de allí á pocos momentos, pues no le dió tiempo el Señor para arrepentirse.

10. Insigne es asimismo el ocurrido en 1408. Celebra-

(1) Abraham. Brovio. tom. I. año 1298.

(2) Rainald. ad. ann. 1396, n.º 17.

ba el adorable sacrificio cierto inconsiderado sacerdote, llamado Enrique Othón, en la Iglesia de S. Jorge de la villa de Durn, diócesis de Wirtceburg. Pero lo ejecutaba con negligencia tanta que, después de haber consagrado, se le cayó el cáliz y derramó la Sangre del Señor en el corporal. De repente se enrojeció éste de tal modo, que parecía fuego encendido; apareció también en medio de él la imagen de Jesucristo crucificado, llevando en la cabeza una punzante corona de espinas. Al ver el tibio sacerdote que por su culpa se acababa de obrar esta rara maravilla, cogió el corporal del modo que estaba y, removiendo una piedra del altar, le escondió, cubriéndolo con tierra para que no se supiera, y pues con el tiempo se pudriría el corporal, no se llegaría á conocer su falta. Mas el Altísimo que obra los milagros precisamente para su gloria, no permitió que un portentoso semejante permaneciese oculto. De improviso fué atacado el referido presbítero de agonías mortales y, viéndose á las puertas de la muerte, comenzó á dolerse de todo corazón; deseaba morir, para no verse en el compromiso de descubrirlo, mas la muerte tardaba. Entonces refirió el portentoso y el lugar donde había escondido el santo corporal, é inmediatamente expiró. Al punto fueron los circunstantes al lugar señalado y, habiéndole hallado intacto, divulgaron el milagro; por él obra todavía el Señor muchos prodigios (1).

11. En 1474 el ejército de Polonia, en uno de esos actos de desenfrenada codicia en que todo parece lícito á los soldados, robó el copón del Santísimo Sacramento. Sin embargo, Dios Nuestro Señor, que no quería dejar impune aun en esta vida semejante atentado, envió un incendio que consumió á muchos soldados con quinientos caballos (2). El resto del ejército temió de allí adelante y se confirmó en el dogma de la Eucaristía.

12. Refiramos un notabilísimo prodigio sucedido en 1290, atestiguado por todos los ciudadanos de París. Una pobre

(1) Nicolás Serarius, Mogunt. rerum, lib. 5, in Joan.—Rainald, ad ann. 1408, n.º 61.

(2) Rainald, ad ann. 1474.

mujer, vecina de esta capital, teniendo necesidad de dinero para su ordinario sustento, se llegó á cierto avaro judío habitante en la misma ciudad, y le empeñó su vestido por algunos francos. Llegó el tiempo del cumplimiento Pascual y, hallándose la pobre sin vestido decente para comulgar, rogó al judío se lo devolviese. Con mucho gusto, contestó él, y aun os lo dejaré para toda la vida, con tal que me proporcionéis una Hostia de las que comulgan los cristianos, porque quiero saber si verdaderamente allí está Dios. Convino en ello la miserable mujer, vencida tal vez por la codicia. Fué á comulgar á S. Merry, su parroquia, y reservó secretamente la sagrada Forma para darla al judío. Éste la recibió con demasiada alegría para consumir sus perversos designios, á cuyo efecto, retirándose á su habitación, y poniendo la santa Hostia sobre la mesa, comenzó á darla varios golpes, de los que vertió sangre. Con este gran prodigio el descendiente de la raza deicida podía haberse conmovido y no saciar más su cólera contra Jesucristo, pero no: la ceguedad del entendimiento y la dureza del corazón llevan aún su osadía más adelante. En efecto, tomando un grueso clavo lo hendió en la santa Hostia, la cual arrojó inmediatamente arroyos de sangre; mas llevando adelante su cruel pertinacia, la arrojó en el fuego, saliendo no obstante de este lugar ilesa y quedando en el aire. Finalmente, aquella inteligencia obcecada, persistiendo en su conato de injuriar al Jesús de los cristianos, la arrojó furibundo en un depósito de agua hirviendo la que quedó al momento ensangrentada. Saliendo entera y hermosa de aquí la Hostia, se elevó hasta el techo, apareciendo bajo la forma de un Crucifijo. Mayores y más repetidos milagros no se podían dar en tan poco tiempo. No sabemos lo que se hizo del monstruoso judío. De la Hostia milagrosa sabemos que se guarda cuidadosamente en la Iglesia de S. Juan de Gréve. Cinco años después, un habitante de París, llamado Regnier Flaining, movido de la devoción á Jesús Sacramentado, hizo construir allí un oratorio que llamaron: Capilla del Milagro (1).

(1) Alápide.

13. Otro prodigio muy semejante aconteció año de 1306 en París. Cierta necia mujer había empeñado su basquiña á un perverso judío, aunque deseaba poseerla para salir de gala el día de Pascua, á cuyo fin se la pidió al israelita. Éste no quiso devolvérsela sino á cambio del dinero ó, en su defecto, de una Hostia consagrada. La desgraciada mujer convino en esto último, entregando al hebreo la Prenda deseada. Éste empezó por arrojarla en una caldera de agua hirviendo, pero la santa Hostia se convirtió en un hermoso Niño puesto de pies sobre el agua sin tocarla; el descendiente de los deicidas forcejaba para hundir en el líquido al Divino Niño, cuando he ahí que á los lloros de su mujer é hijos se apercibió del hecho el vecindario, quien dió cuenta al obispo; éste mandó prender al miserable, ordenando le quemasen vivo. El israelita replicó, no obstante, que si poseyese el Talmud en sus manos, sería defendido de las llamas. Al efecto el obispo dió el Talmud al desgraciado, quien caminando hacia la hoguera, ésta se adelantó hacia él y le consumió en un momento (1).

14. Hubo cierto rústico que por codicia de obtener algunos cuartos que le prometían unos villanos judíos si proporcionaba en cambio algunas Hostias consagradas, tuvo la osadía de robarlas y entregarlas á los solicitantes. Éstos las llevaron con algazara al lugar destinado para cebar su odio contra Jesucristo, y, arrojándolas con gran furia al suelo, cogieron unas varas y con ellas reprodujeron la terrible escena que se ejecutó en el atrio de Pilato. Con los azotes iban mezcladas las blasfemias, de suerte que, no dudando de que allí estaba Jesucristo, exclamaban con escarnio: «Este, este Dios que no sabe librarse de los azotes, es el Dios de los cristianos». Mas, ¡paciencia del Omnipotente y amor invencible del Redentor! Cuando ellos daban con mayor energía sobre las Hostias, éstas vertían arroyos de pura sangre. Insensibles aún á este raro milagro, redoblaron más fuertemente las injurias y los azotes hasta rendirse.

(1) Fr. Alonso de Espino, franc. Fortalicio de F. De bello Judæorum.

Pero no quedó impune un crimen semejante. Súpolo S. Juan de Capistrano, inquisidor de la herética pravedad en aquellas regiones, y horrorizado ante semejante desacato, mandó poner en prisiones á cuantos tomaron parte. Procedióse luego á formar con ardentísimo calor el sumario, y, tanto el sacrílego rústico que robó y vendió las Hostias como los infames judíos, fueron quemados vivos (1).

15. Igual suerte experimentaron otros israelitas, quienes, habiendo obtenido una Hostia consagrada, la arrojaron por tres veces á las llamas, aunque otras tantas veces salió ilesa, pues aquéllas formaban un hermoso dosel sin tocarla. Á vista de este gran prodigio se convirtió una mujer hebrea, que publicó luego las maravillas de Jesús, por lo cual la mataron los mismos judíos autores de este sacrilegio. Pero otra mujer hebrea, recién convertida al Cristianismo, supo evidentemente esta horrible tragedia y los denunció á S. Juan de Capistrano. Éste ejerció su oficio y les dió el mismo castigo que sufrieron los hebreos del párrafo anterior (1).

16. Idéntica pena llevaron otros israelitas que compraron á cierto sacrílego una Hostia consagrada, por 32 florines. Dios sabe las atrocidades que cometieron los citados deicidas. Uno de éstos, no sabiendo ya qué discurrir para ultrajar al Dios de los cristianos, tomó la santa Hostia y, dividiéndola en tres partes, pronunció esta horrible blasfemia: «Si eres tú el Dios de los cristianos, manifiéstate aquí en nombre de mil demonios» (2).

17. En Seros, obispado de Lérida, año de 1556, un atrevido moro se permitió entrar en una iglesia católica, y habiendo recibido hipócritamente la Comunión, al salir á la calle escupió la sagrada Forma y la pisoteó; mas al momento se le secó el pie, toda la pierna y murió poco después (3).

18. En Secuezeto, Polonia, una mala cristiana servía á un avaro judío quien prometió á aquélla una basquiña de gra-

(1) Crónica de N. P. S. Francisco, por Gonzaga. Vida del Santo cit.
 (2) Bocio, lib. 14 de sig. c. 7.
 (3) Bleda, milag. 36.

na si le presentaba una Hostia consagrada. Comulgó la infeliz, y guardando la santa Hostia en un pañuelo, la entregó al judío. Éste la llevó á su sinagoga y con mucha algazara la pinchó repetidas veces con un cuchillo. Mas fué tanta la sangre que vertió la Hostia que se convirtieron muchos herejes; mas todos los judíos sacrílegos y la mujer referida fueron quemados vivos (1).

19. Llevábase en cierta ocasión el sagrado Viático á un enfermo. Al pasar frente á una taberna, uno de los ebrios más atrevidos, llevando un huevo á su boca, pronunció esta atroz blasfemia: «Primero pasaré yo este huevo que no la enferma aquella oblea». No quiso el Señor dejar sin ejemplar correctivo semejante descaro. En efecto, el blasfemo probó á comer el huevo, pero éste se interceptó en la garganta, sin poderlo pasar atrás ni adelante, ahogándole. Cuando regresó el sacerdote con el Viático pudo presenciar el formidable castigo. Sucedió este prodigio en Noviomago, duca-do de Geldría, año de 1561 (2).

20. Era día del Corpus, y Nuestro Divino Salvador iba conducido en triunfo solemne por las calles. Un luterano que presenciaba el solemne acto profirió esta blasfemia horrible: «Mirad cual va el viejo con su papahigo.» En el momento cayó desmayado al suelo y de allí á pocos días murió rabiando. Tuvo lugar este suceso en Eufordia, año de 1563 (3).

21. Deseaba una mujer ganar la afición de su consorte, y tomando el Sacramento de la Eucaristía, lo guardó en su propia boca para besar con Él á su marido. Lo efectuó así y en aquel mismo instante, la santa Hostia se convirtió en carne, de suerte que, creciendo rápidamente, ahogaba á la mujer sacrílega. En semejante aprieto confesó ésta su pecado y quedó libre (4).

(1) Surio y Genebrardo.
 (2) Timal Brendembaquio, collationes.
 (3) Willelmo, lib. del Sacramento.
 (4) Tom. 3 de los Concil. part. II, fol. 1434.

Artículo II.—Castigos formidables contra los que hicieron simplemente irrisión de la Eucaristía

1. Refiere Timal Brendembaquio (1) que en Hardernicko, estaba un católico, día de Ceniza, comiendo en un mesón en compañía de varios herejes. Como presentasen carne y no la quisiese tomar, comenzaron los sectarios á burlarse del católico y decirle: «Según eso también habrás oído Misa para poder mejor comer». Pronunciando estas palabras, se levantó un hereje, tomó un pedazo de pan redondo y, alzando las manos, al modo que lo efectúan los sacerdotes en la elevación de la Hostia, dijo: Eso también lo haré yo. En el mismo momento quedáronsele secos los brazos, muriendo de allí á pocos instantes.

2. Tan santo y terrible es el Misterio eucarístico, que Dios, no solamente ha castigado á los que inmediatamente lo profanaron, sino también á los que lo ejecutaron empleando ilícitamente las palabras consagradorias. Escribe á este propósito Erasmo que en cierto pueblo hubo un rústico, adepto á la doctrina de Lutero, quién, al igual que su maestro, pretendía que cualquier cristiano podía consagrar la Eucaristía y aun conferir los demás sacramentos. Un día que el mencionado rústico había cogido unos cuantos panes con ese fin, pronunció las palabras consagradorias, pero al instante quedó muerto.

3. Asimismo, cuenta S. Sofronio, obispo de Jerusalén, que, remedando unos niños las ceremonias de la Misa, y deseando imitar el acto de la consagración, al llegar á éstas palabras, bajó fuego del cielo y consumió la hostia, el vino y todo cuanto por el altar había, dejando intactos, pero avisados, á los niños.

4. Finalmente, para consignar de una vez los insignes milagros pertenecientes al género de los que hasta aquí he insertado, no tengo más que compendiar el siguiente:

En 1512, reprendido un sacrílego alemán por haber arro-

(1) Lib. 7 de collat.

jado la Eucaristía, después de haber robado el copón, contestó con burlona risa á la reprensión: «Éste que está aquí (en la Eucaristía) es el Dios de los españoles, mas no el de los alemanes». Acabó de proferir esta blasfemia, pero también acabó su vida en el mismo momento, habiéndosele roto las entrañas.